

construcción, en sus adornos, y particularmente en la manera de colocar las piedras que forman el albergue, sin duda para que no puedan desunirse las yerbas que enlazan el armazón. Dispuestas en fila, parten de la entrada de la cuna, y van divergiendo á cada lado, de modo que forman un pequeño sendero, el cual pone en comunicación los dos extremos de la bóveda; en el centro de aquella especie de calle, y á la entrada del pórtico, se vé amontonada una inmensa colección de materiales de toda especie, que sirven para decorar el nido, y son en general conchas, plumas, cráneos, huesos de pequeños mamíferos, etc.: junto á la otra entrada nótese un agrupamiento análogo. En algunos de los mayores nidos que yo he visto, evidentemente obra de muchos años, había en cada entrada mas de media fanega de estos adornos; otras veces encontré pequeñas cunas casi enteramente formadas de yerbas, y me pareció que eran el principio de una nueva construcción. He observado que con frecuencia se hallan estos nidos de recreo á gran distancia

de las corrientes, á pesar de que solo en sus orillas pueden encontrar los pequeños arquitectos las conchas y las pequeñas piedras rodadas que recojen, por lo cual pueden apreciarse los esfuerzos y trabajo que exige la formación de semejantes colecciones. Como estas aves se alimentan casi exclusivamente de granos y frutos, claro es que las conchas y los huesos no los recojen mas que para adornar sus construcciones; obsérvese tambien, por otra parte, que solo amontonan aquellos objetos perfectamente blanqueados por el sol, ó que por haberlos cocido los naturales han adquirido dicho color. Estoy convencido de que estas cunas, lo mismo que las del tilonorinco satinado, sirven de punto de reunión á varios individuos, pues desde el escondite donde me puse en observación, maté dos machos que había visto pasar antes por debajo de los arcos de la pequeña calle.»

En el mes de diciembre encontré Coxen un nido de clamideros que contenía tres hijuelos: parecíase al del tordo músico ó comun;

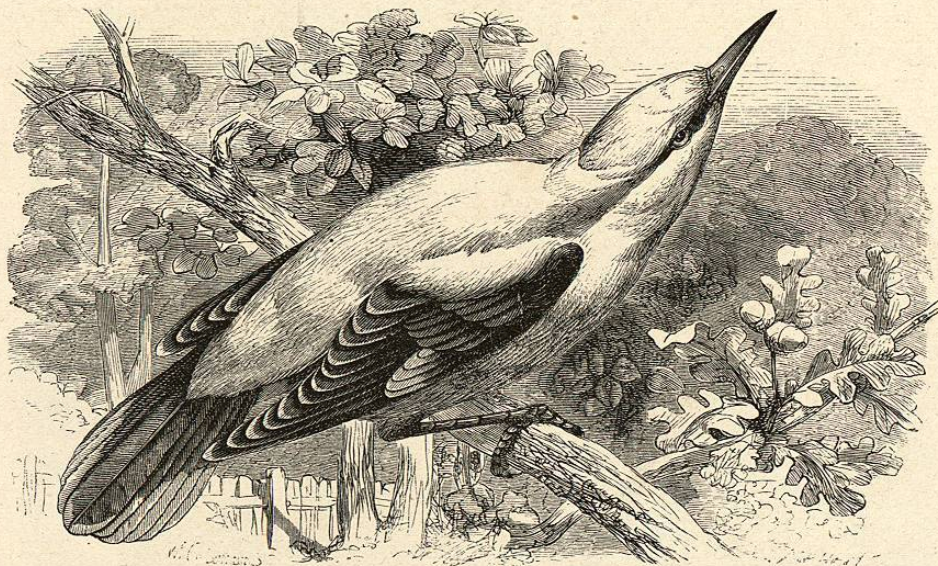


Fig. 78. — LA OROPÉNDOLA COMUN

tenía la forma de una copa bastante profunda; y constaba de ramas secas, con el interior relleno de plumas y yerbas menudas; estaba situado en una acacia cuyo ramaje sombreaba un estanque.

LAS OROPÉNDOLAS—ORIOULUS

CARACTERES.—Las oropéndolas tienen el pico prolongado, con una ligera depresión en la base, que se ensancha, y comprimido hacia la punta; las alas son bastante prolongadas; la cola de un largo regular y ancha; los tarsos cortos en el macho. El amarillo y el negro son los colores dominantes.

La hembra tiene un plumaje particular, idéntico al de los pequeños.

LA OROPÉNDOLA COMUN—ORIOULUS GALBULUS

CARACTERES.—La oropéndola (fig. 78) tiene 0^m 27 de largo por 0^m 50 de punta á punta de alas; plegada mide 0^m 17 y la cola 0^m 11; la hembra es mas pequeña que el macho. En este último son de un color negro intenso las alas, su pliegue y la cola, y el resto del cuerpo amarillo dorado; en la raíz de las rémiges y en la extremidad de las rectrices existe una mancha amarilla.

La hembra tiene el lomo de un tinte verde canario; el vientre blanquizco, con fajas longitudinales pardas en el centro de las plumas: el cuello es gris ceniciento claro; las rémiges pardas, con una mancha amarillenta hacia el centro de las primarias, y otra del mismo color en su extremidad; la cola es parda, con la punta amarilla. Los pequeños y los machos de un año tienen el plumaje de la hembra.

El iris es rojo carmin; el pico rojo súcio en los machos viejos, y gris negruzco en los jóvenes y las hembras; las patas son de color gris plomo.

DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.—El nombre de ave de

Pentecostés con que se designa en Alemania á la oropéndola le conviene perfectamente, porque hacia esta época se deja ver allí. Es por lo tanto una especie de verano, que no permanece en su país mas que el tiempo preciso para la reproducción; abandónale en el mes de agosto.

La oropéndola permanece en los grandes bosques, principalmente en los de la llanura; rara vez se deja ver en las montañas; no hace mas que atravesar los bosques de coníferas, buscando sobre todo aquellos donde hay encinas y abedules, y desde allí penetra en los vergeles situados cerca de los pueblos y ciudades, con mas frecuencia en la época en que maduran las cerezas. En invierno no llega hasta el centro de África: á los 11° de latitud norte he visto oropéndolas que se dirigían al sur: parece que pasan el invierno en el África occidental, y no en la del norte, como se ha dicho.

La oropéndola ofrece mas de una particularidad curiosa en sus costumbres.

«Es, dice Naumann, un ave recelosa y salvaje, que huye del hombre, aunque vive á menudo cerca de él. Salta y revolotea de continuo en medio del mas espeso follaje de los árboles; rara vez permanece largo tiempo en el mismo, y mucho menos en una rama. En su incesante agitación, tan pronto está en un punto como en otro; muy pocas veces se posa en los matorrales bajos, ni menos desciende á tierra, y cuando lo hace no está mas que el tiempo estrictamente necesario para cojer algun insecto.»

»La oropéndola es valerosa y pendenciera; pelea continuamente con sus semejantes y con los otros pájaros. Su vuelo parece pesado y ruidoso, mas no deja de ser rápido; á semejanza del estornino, describe largas curvas ó una línea ligeramente ondulada; si solo tiene que atravesar un corto espacio, sigue la vía recta, cerniéndose y batiendo las alas alternativamente. Le gusta volar é ir de un lado á otro, y con frecuencia se ve á dos de estas aves perseguirse durante largo tiempo.»

LOS SERÍCULOS — SERICULUS

En África y en el sur de Asia existen oriólidos análogos á las especies del género anterior; encuéntrase asimismo en Australia; entre estos los hay que constituyen tránsito entre los oriólidos y los paradisicos.

CARACTERES.—El pico de los serículos es bastante parecido por su forma general al de las oropéndolas, pero la mandíbula inferior ofrece una escotadura en la punta, lo mismo que la superior; las alas son medianas; la cola de un largo regular, cortada en ángulo recto ó con una ligera escotadura; y los tarsos se prolongan bastante: es tambien carácter distintivo su lengua, que termina en un pincel de fibras.

EL SERÍCULO CRISOCÉFALO Ó DE CABEZA DORADA—SERICULUS CHRISOCEPHALUS

CARACTERES.—Quoy y Gaymard fueron los primeros en darnos á conocer esta especie, designándola con el nombre de *oropéndola príncipe regente*: los individuos que la componen tienen la cabeza de color amarillo vivo, lo mismo que la nuca y una faja encorvada, que se dirige desde aquella hacia el pecho; el resto del cuerpo es negro aterciopelado; la primera de las rémiges primarias negra, y las otras del mismo tinte en la raíz y la punta, y amarillas en el centro; las rémiges secundarias son amarillas, con filetes negros por fuera; el iris amarillo claro, el pico amarillo y las patas negras.

La hembra tiene la cabeza y la garganta parduscas, con una mancha negra en la coronilla; la cara superior de las alas y de la cola de un pardo aceituna; las plumas del lomo presentan en su extremidad una mancha triangular pardusca; la cara inferior del cuerpo es de un pardo aceituna con manchas mas densas; el iris pardo; el pico y las patas negras.

Los machos jóvenes tienen el mismo plumaje de las hembras.

DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.—Dice Gould que el serículo crisocéfalo no existe al parecer mas que en la Australia oriental: es comun en los bosques de Maittlang, cerca de la bahía de Morton, en la isla de las Moscas y en las próximas.

USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.—Esta ave tiene las costumbres de la oropéndola de Europa; pero es mas pacífica, menos desconfiada; no se oculta tanto en el ramaje, y se posa de preferencia en los puntos mas altos de un árbol. Los machos viejos parecen comprender el peligro á que les expone su hermoso plumaje, y por lo mismo son mucho mas recelosos y difíciles de sorprender que las hembras y los individuos jóvenes.

Parece que el serículo crisocéfalo se alimenta solo de frutos, pues Gould no encontró nunca insectos en el estómago de los individuos que mató. Esta ave ocasiona graves perjuicios en los jardines, sobre todo cuando maduran los frutos. Dicese que destroza á menudo toda una cosecha.

Gould no nos indica nada respecto á la reproducción.

2.º LAS AVES DEL PARAISO

En el orden de los conirostros forman estas aves una segunda division, ó sub-orden, cuyos caracteres no necesitamos describir, por cuanto son los mismos que los de la familia única que sirve de base á esta division.

Su grito de llamada se expresa por *jaeck, jaeck ó kraek*; el de cariño por *bulow*, y cuando se asusta produce *querr ó chrr*. El canto del macho es armonioso: los nombres latino y alemán de esta ave son su propia onomatopeya: Naumann le espresa por *dilleo gi-dadilleo*; pero yo creo que se traduce mas sencillamente por *piripiriol*. En todas partes la oropéndola es un ave querida, y una de las mejores cantoras de nuestros bosques; se la oye continuamente desde la salida del sol hasta medio día; vuelve á comenzar á la caída de la tarde; hasta en los días sombríos entona su canto. Una pareja de oropéndolas basta para animar todo un bosque, porque estas aves se mueven continuamente, y el canto del macho resuena tan pronto en un punto como en otro.

Apenas llega la oropéndola, comienza á construir su nido, el cual suspende de la bifurcación de una delgada rama: lo hace con hojas medio secas, yerbas, fibras de ortiga, corteza de abedul, lana y telas de araña, etc. Este nido es profundo, en forma de copa, y el interior está relleno de yerbas finas, plumas y lana. La oropéndola dorada le construye por lo regular en un árbol elevado, aunque algunas veces, al decir de Paessler, le sitúa tambien en uno muy bajo. Con su saliva aglutina los materiales mas largos contra la rama, y los enlaza unos con otros para formar el armazón. El macho y la hembra toman igual parte en este trabajo; pero, segun parece, solo la segunda se cuida de rellenar el interior.

Á principios de junio se verifica la puesta, que consta de cuatro ó cinco huevos, de cáscara lisa y brillante y color blanco puro, manchados de algunos puntos de color gris ceniciento y rojo pardo denso. La hembra cubre con tanto afañ, que es difícil obligarla á que abandone los huevos.

«Yo examiné un nido, dice Paessler, del que acababa de ahuyentar á la hembra; y para ver el interior, bajé las ramas en que se apoyaba. El ave lanzó un prolongado grito ronco, verdadero grito de guerra, y se lanzó contra mí; rozóme la cara, y fué á posarse en un árbol que había detrás; á poco acudió el macho, produjo el mismo grito, é hizo igual tentativa. Los padres parecen profesar á su progénie el mismo cariño.»

Hacia el medio día cubre el macho en vez de la hembra, mientras que esta recorre los alrededores para comer. Pasados catorce á quince días salen á luz los hijuelos y piden su alimento con los singulares gritos *iouddi, iouddi*; crecen muy de prisa y mudan casi antes de abandonar el nido. Si se quitan los huevos á la hembra, anidan los padres por segunda vez, pero no lo hacen mas cuando se les arrebatan los pequeños, por poca edad que tengan.

Las oropéndolas se alimentan de insectos de diversas especies, de orugas, mariposas, gusanos; y tambien de cerezas, bayas, etc., cuando maduran estos frutos. Comen con exceso, y pueden por lo mismo ocasionar algunos daños; pero se compensan suficientemente con los servicios que saben prestarnos.

CAUTIVIDAD.—Alimentanse las oropéndolas que se cojen pequeñas lo mismo que los ruiseñores; pero por mucho cuidado que se tenga es difícil conservarlas largo tiempo cautivas; se domestican fácilmente, pero son pendencieras y malignas con los otros pájaros. El padre de Naumann prefería las oropéndolas á todos los demás pájaros de habitación; tenía algunas que le tomaban el alimento de la mano ó de la boca, y que le tiraban del cable cuando no las atendía bastante. En la época de las emigraciones estaban muy agitadas, continuando en aquel estado desde fines de agosto hasta noviembre; en febrero ocurría la muda, y permanecían tristes mientras que duraba; en marzo eran de nuevo presa de la agitación, reconociéndose en ellas el instinto de emigrar.

LOS PARADÍSIDOS — PARADISEÆ

Hasta estos últimos tiempos no hemos llegado á conocer con perfección, tanto por sus formas exteriores, como por su género de vida, á las magníficas aves originarias de la Nueva Guinea y de las islas contiguas. Las que hace algunos siglos se traían á Europa, estaban siempre mutiladas; y por otra parte, se referían las mas singulares historias acerca de estos seres; llamábanles *aves del paraíso*, y creíase que procedían en efecto de aquella feliz mansion, y que observaban un género de vida particular. Solo se recibían

aves sin patas, y admitíase que nunca las habían tenido; tan perfectamente se disimulaba la mutilación practicada por los indígenas. Al ver su brillante plumaje, extasiábase la fantasía, y circulaban las fábulas mas inverosímiles. «Aun hoy día, dice Pöppig, causa admiración en el vulgo la vista de un ave del paraíso, y fácilmente se comprenderá cuál debió ser el asombro de las gentes que no habían salido nunca del continente europeo, cuando en 1522 llegó á Sevilla Pigafetta, uno de los compañeros de Magalla-

nes, y enseñó aquel ave tan curiosa. Con verdadera emoción, y poseídos de ardoroso celo, aunque con limitados recursos, examinaron los naturalistas del siglo xv el ave del paraíso; fué uno de los grandes acontecimientos de su vida científica, á la par que la realización de una esperanza, largo tiempo acariciada en vano, de ver por fin, siquiera fuese mutilada, aquel ave magnífica. Debe perdonárseles, por consiguiente, que aceptaran como verdades las fábulas que fueron creídas hasta mucho tiempo despues. Considerábanse las tales aves como silfos aéreos, que poblaban los aires y hacían



Fig. 79. — EL AVE ROJA DEL PARAISO

nocer la verdad: algunos viajeros nos dieron detalles preciosos acerca de aquellas aves; pero ninguno podía desear completamente las preocupaciones. Lesson, naturalista francés, que pasó trece días en la Nueva Guinea, durante su viaje alrededor del mundo, fué el primero que pudo observar los paradísidos vivos: en estos últimos años, los ingleses Bennett y Wallace, y el holandés Rosenberg, han dado á conocer muchos detalles acerca de la vida de estas aves, tanto en libertad como cautivas; ahora se sabe por fin, muy aproximadamente, á qué debe uno atenerse respecto á seres que fueron fabulosos durante tanto tiempo.

CARACTÉRES.— Los paradísidos son coraciostros cuya talla varía entre la del grajo y la alondra; pero difieren de todas las aves del mismo orden por sus espléndidos colores, sus proporciones graciosas y la forma de sus plumas. Tienen el pico medianamente largo, recto ó un poco curvo, comprimido lateralmente, y cubierto en su base de una membrana provista de plumas, bajo la cual se ocultan las fosas nasales. Las alas de un largo regular, muy redondeadas y con la sexta y séptima pennas mas largas que las otras; la cola es rectilínea y se compone de doce rectrices; los tarsos robustos, y también los dedos y las uñas. En los machos de varias especies son muy largas las plumas de los costados, que se afinan y se confunden, formando ciertos adornos: el plumaje de la hembra y de los pequeños es mucho mas sencillo.

DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.— Los paradísidos solo existen en la Nueva Guinea y en las islas de Arui, Salawati, Meisol y Waigiru: en cada una de ellas habita una ó varias especies.

cuanto necesitaban volando, sin descansar mas que algunos instantes, suspendidas por su larga cola de las ramas de los árboles. Eran seres superiores, que no necesitaban pisar el suelo; que se alimentaban del éter, contentándose con absorber el rocío de la mañana. En vano aseguró Pigafetta que aquellas aves no carecían de patas; inútilmente procuraron Marcgrave, Clusius y otros naturalistas, combatir semejante error; tiempo perdido: el vulgo permaneció fiel á sus creencias poéticas.»

Fué necesario que pasaran varios siglos para que llegásemos á co-

LOS PARADÍSEOS—PARADISEA

CARACTÉRES.— Los paradísidos, ó aves del paraíso propiamente dichas, se caracterizan por los penachos de plumas largas, filiformes, descompuestas y frágiles que ostenta el macho en los costados, que puede desplegar ó recoger á voluntad: las dos rectrices medias se prolongan además en forma de hebras ó cordoncillos finos, planos ó retorcidos.

EL AVE DEL PARAISO SIN PIÉS—PARADISEA APODA

CARACTÉRES.— Este paradísido, al que Linneo dió el nombre de *apoda* (sin patas), como para recordar las antiguas fábulas, tiene 0^m 36 de largo, y por consiguiente la talla de nuestras chovas, poco mas ó menos. El color dominante es un hermoso pardo castaño; la frente de un negro aterciopelado, con visos verde esmeralda; la coronilla y la parte superior del cuello de un amarillo limon; la garganta verde dorada; la parte anterior del cuello, pardo violeta; las largas plumas de los costados de un amarillo naranja vivo, con puntos de rojo púrpura en sus extremos. Herido por la luz del sol, este magnífico plumaje pierde rápidamente su brillantez. El iris es amarillo blanquizo; el pico y las patas de un gris azulado.

La hembra carece de adornos en los costados y no tiene tampoco

cordoncillos en la cola; sus colores son opacos; el lomo gris leonado pardusco; la garganta de un violeta agrisado, y el vientre amarillo leonado.

DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.— Esta especie solo existe, al parecer, en las islas de Arui.

EL PAPUAN—PARADISEA PAPUANA

CARACTÉRES.— El ave del paraíso papuan, *tsiancar* ó *wumbi* de los papúes, es algo mas pequeña que la especie anterior, pues solo mide 0^m 33 de largo. Tiene el lomo de color pardo castaño claro; el vientre pardo rojo oscuro; la coronilla, la parte superior del cuello, la nuca y los costados, de un amarillo pálido; rodean la frente y el pico varias plumas negras con visos verdosos; la garganta es de un verde esmeralda; el iris amarillo blanquizo; el pico y las patas gris azulado oscuro.

«Cuando comienzan á volar, dice Rosenberg, tienen los pequeños un plumaje pardo con el lomo mas oscuro que el vientre; todas las rectrices son de igual longitud, pero las dos medias mucho mas estrechas que las laterales. Despues de la primera muda, la nuca y la cabeza afectan un tinte amarillo claro; la frente y la garganta presentan su color verde, con brillo metálico, y las dos pennas caudales medias se prolongan algunos centímetros. Á la tercera muda, conviértense en dos largos tallos de unos 0^m 40 de largo; y aparecen los característicos penachos de plumas de los costados, que se prolongan con la edad del ave. Su extension es de 0^m 37: la de las pennas caudales medias de 0^m 65, y mas aun en los individuos muy viejos.

DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.— Segun Rosenberg, el papuan habita la parte norte de la Nueva Guinea y las islas de Salawati y de Meisol.

EL AVE ROJA DEL PARAISO—PARADISEA RUBRA

CARACTÉRES.— El ave roja del paraíso (fig. 79), ó *sebum* de los naturales de Nueva Guinea, tiene la talla del anterior, con corta diferencia; si bien difiere, como del paradísido apodo, por tener un moño verde dorado, que puede levantar á su antojo. El lomo es de un amarillo leonado gris; una faja del mismo color cruza el pecho, que es pardo rojo, lo mismo que las alas; el contorno del pico, y una mancha que hay detrás del ojo, son de un negro aterciopelado, y la garganta verde esmeralda. Los penachos de plumas de los costados, cuya extremidad se enrosca, son de un rojo carmin brillante; dos cordoncillos largos de la cola, anchos, aplanados, y que se encorvan por fuera, tienen un tinte rojo pardo; el ojo es amarillo claro; el pico y las patas de un gris azulado.

En la hembra es de un pardo aterciopelado la parte anterior de la cabeza y la garganta; el lomo y el vientre de un rojo pardo; la parte posterior de la cabeza, el cuello y el pecho, de un rojo vivo.

DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.— Hasta ahora no se ha encontrado esta especie mas que en la isla de Waigiru, y parece que los habitantes del pueblo de Besia, situado en la costa meridional de esta isla, son los únicos que preparan las pieles. Así se comprende que sea mucho mas escasa esta especie que las otras.

USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN DE LOS PARADÍSEOS.— Las tres especies se asemejan notablemente por lo que hace á sus usos y costumbres. Son aves vivaces, inquietas y prudentes á la vez, que parecen comprender muy bien la belleza de que están dotadas y los peligros á que esto mismo las expone. Cuantos viajeros han tenido ocasion de observarlas en su país natal, las han admirado con entusiasmo. Cuando Lesson vió volar por primera vez á una de estas aves quedó mudo de asombro al contemplar su precioso plumaje, y siguióla mucho tiempo con la vista sin atreverse á dispararle. Rosenberg ha completado la descripción que nos dejó el ilustre naturalista francés, y creemos lo mas oportuno reproducir sus palabras.

«Los paradísidos, dice, son aves viajeras, que habitan la costa ó el interior de la isla, segun la época de la madurez de los frutos. Durante mi permanencia en Doreh, comenzaban á estar en sazón los frutos de una laminaria que crece alrededor de los pueblos; por todas partes llegaban los paradísidos, particularmente las hembras y los individuos jóvenes, mostrándose tan confiados, que volvian al mismo lugar despues de haberles disparado varios tiros. Sin

embargo, estas aves, y en especial los machos adultos, son tan timidos, que difícilmente se puede uno acercar á tiro de fusil.

»Su voz es ronca y fuerte, de modo que se oye de bastante lejos; podría expresarse por los sonidos *vouk, vouk, vouk*, á los que sigue á menudo una especie de rechinar; el grito del macho es *voiko, voiko, voiko*, sílabas que se articulan fuertemente, y sirven para llamar á la hembra, que cacarea posada en un árbol de poca altura. Por mañana y tarde es cuando mas se oyen estos últimos sonidos en el bosque.»

«La voz del paradísido rojo, dice Wallace, es menos chillona que la de las otras especies, y se oye con tal frecuencia, que es preciso admitir que abunda el ave. No obstante, es tan vivaz y descansa tan poco, que difícilmente se consigue alcanzarla. Con frecuencia he visto machos viejos posados en árboles pequeños y en breñas, á corta distancia del suelo; deslizábanse entre el follaje y parecían ocupados en cazar insectos, que constituyen su alimento principal cuando los higos no están maduros. De vez en cuando lanzan un breve grito chillon, muy diferente del de llamada, el cual no emiten sino cuando se posan en una elevada copa.»

Siempre en movimiento, los paradísidos vuelan de un árbol á otro; nunca permanecen largo tiempo en la misma rama, ocultándose en lo mas espeso del follaje al menor ruido. Apenas sale el sol, comienzan á buscar los frutos é insectos de que se nutren; reúnen por la tarde, y pasan la noche juntos en la poblada cima de un árbol. Lesson dice que cuando los paradísidos se trasladan de un cantón á otro, forman bandadas de treinta á cuarenta individuos, que elijen un guia; gritan como los estorninos cuando vuelan contra el viento, y graznan á la manera de los cuervos si una brisa demasiado fuerte introduce el desorden en el grupo. Cuando les sorprende una tempestad, elévanse á gran altura por los aires para escapar á su influencia; pero á veces se enredan de tal modo sus largas plumas, que no pueden volar, en cuyo caso caen al agua y se ahogan, ó en el suelo, donde permanecen echados hasta que se reponen un poco de su caída y pueden ganar un árbol próximo.

La época de la reproduccion varía segun los vientos: en las costas oriental y septentrional de la Nueva Guinea y en Maisol, comienza en mayo; en la costa occidental y en Salawati, en noviembre. Los machos se reúnen por pequeñas bandadas en la cima de los árboles mas altos; agitan las alas, ensanchan su cola, despliegan y recojen los penachos laterales de plumas, y lanzan un grito particular que atrae á las hembras. Lesson se inclina á creer que estas aves son polígamas, por cuanto se ven siempre mas hembras que machos; pero esto puede esplicarse porque no se cazan en general sino los segundos.

CAZA.— «Hé aquí, dice Rosenberg, de qué modo se apoderan de los paradísidos los indígenas de la Nueva Guinea: á mediados de la estación seca, buscan los árboles donde van á posarse estas aves por la noche, que son comunmente los mas altos; y construyen entre el ramaje una pequeña choza con hojas y ramas, donde una hora antes de ponerse el sol, se sitúa un hábil tirador, armado de arco y flechas, y espera en el mas profundo silencio. Apenas llegan las aves, comienza á tirar sobre ellas, una tras otra, y otro cazador que se halla oculto al pié del árbol las recoje á medida que caen. Los indígenas se sirven de flechas muy aceradas, cuya herida es mortal para aquellas aves; hállanse además provistas de varias puntas en forma de triángulo, entre las cuales se encaja el cuerpo del paradísido, de tal manera, que no se destroza su plumaje por la caída.»

Segun Lesson, los indígenas cojen también estas aves con varetas untadas con la materia viscosa del árbol del pan; y Wallace nos dice que se caza á menudo el paradísido rojo con lazos colocados en las ramas de los árboles cubiertos de frutos: uno de los extremos de aquel toca en tierra, y es fácil atraer al ave cuando está cojida.

«Podría creerse, dice Wallace, que el naturalista recibe en mejor estado las aves que se cojen vivas que las cazadas con escopeta; pero no sucede así. Nada me ha sido tan difícil como adquirir paradísidos rojos bien conservados: los primeros que me trajeron estaban vivos; pero los habian empaquetado de tal suerte, que las mas hermosas plumas estaban rotas y estropeadas lastimosamente. Hice comprender á los indígenas que debían atar las aves por las patas y colgarlas de un palo, por cuyo medio las conducirían mas fácilmente. Esta advertencia dió por resultado que me las trajeran muy súcias: los indígenas seguían mi consejo; pero despues tiraban la